

[DIALOGUS CONTRA LUCIFERIANOS.(C)]

ADVERTENCIA PARA EL SIGUIENTE LIBRO.

Es conocido que la intención de Lucifer, obispo de Cagliari, era que aquellos que habían suscrito a la perfidia arriana en el concilio de Rímini no pudieran volver a entrar en comunión con la Iglesia, aunque se arrepintieran: y que él mismo se había apartado completamente de la comunión con aquellos que, después de la satisfacción, habían recibido a los caídos. Pues, dice Sulpicio en su Historia, libro II, capítulo 45, condenó tanto a los que estuvieron en Rímini, que incluso se separó de la comunión de aquellos que los recibieran bajo satisfacción o penitencia. De ahí surgió la herejía de los luciferianos, que temerariamente afirmaban que el Espíritu Santo no era conferido por los obispos arrianos y aquellos que una vez consintieron con ellos, y que habían caído del episcopado y del oficio sacerdotal de tal manera que se les privaba de toda facultad para administrar los sacramentos, y que no querían recibir a los bautizados por ellos sin la imposición de manos y la invocación del Espíritu Santo.

Sobre este asunto se discutió alguna vez entre un luciferiano y un ortodoxo, pero, como suele suceder, ambos se altercaron más con injurias que con argumentos, rompiendo al adversario más que superándolo. Se acordó, por tanto, que se reunirían al día siguiente, y mientras discutían, lo que cada uno decía en defensa de su causa fue registrado por los notarios. Y en este libro, a través de un diálogo, se expone por Jerónimo, como si proviniera de la boca de los altercantes; pero no hay duda de que fue una obra cuidadosamente compuesta y pulida por el Santo Doctor para defender la fe de la verdad católica. Pues también cita en gran parte los actos del concilio de Rímini, y habla de su historia, de las artimañas y engaños de los arrianos en él, y especialmente de cómo los herejes lograron que los ortodoxos rechazaran el término "ousía" para reparar la paz, cuando fingían consentir en lo demás; pero después de haber vinculado a los obispos con aquella nefasta suscripción, revelaron el fraude y proclamaron la victoria para sí mismos. También diserta copiosamente sobre el bautismo de los herejes, y de manera tan correcta que no aprueba en absoluto la opinión de aquellos que dicen que en este libro se le escaparon al Doctor algunas cosas sobre el bautismo de los herejes, que más tarde, con un ingenio más maduro por la edad, revocó. También es notable lo que Victorio refuta, a saber, que San Jerónimo pensara que era necesaria una vida recta en los sacerdotes para que pudieran absolver o confeccionar la eucaristía. Pues, especialmente en el número 5, establece claramente que si en otro lugar parece afirmar lo contrario, lo hace para que, mientras los sacerdotes se jactan solo de su poder, no abandonen la norma de vivir rectamente, y lo que construyen con poder, no lo destruyan con el ejemplo.

Sobre el año en que elaboró esta obra, no hay suficiente acuerdo entre los eruditos. Algunos se ven movidos por el hecho de que en el Crónico menciona a Lucifer con mucha alabanza, y no parece verosímil que se celebre la constancia y fe de alguien cuya opinión, incluso error, combate en un libro publicado, a menos que este libro, en el que tiene mala reputación, sea posterior a aquel en el que tiene buena. Por lo tanto, dado que se sabe que el Crónico fue escrito en el año 380, quieren que este Diálogo se posponga después de esa fecha. Pero no parece ser un argumento de este tipo, si se examinan correctamente esos mismos testimonios, y se sabe que hay muchas cosas que Jerónimo sospechaba de Lucifer: y no se ataca propiamente al obispo mismo, sino a sus seguidores, que abusaban de su nombre para patrocinar el error. Pues incluso en este mismo libro, Lucifer es bien considerado, como en las palabras: "Me veo obligado a pensar algo diferente de lo que exige el mérito de Lucifer y mi humanidad". Por la serie y el lugar en que este libro es censurado por el mismo Jerónimo en el Catálogo, y precede inmediatamente al Crónico, queda claro que lo antecede al año 380,

y supera la época de la soledad dejada, ya sea en el año 379, como se ha notado en los argumentos cronológicos de las Epístolas. Por lo tanto, fácilmente en el año 379, cuando huyendo del desierto de Calcis, se detuvo en Antioquía, escribió el libro, pues en Antioquía discutieron el luciferiano y el ortodoxo, y Jerónimo profesa escribir inmediatamente después de esa altercación.

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO DIALOGO CONTRA LOS LUCIFERIANOS.

1. Recientemente sucedió que un seguidor de Lucifer, contendiendo con odiosa locuacidad con otro alumno de la Iglesia, ejercitó una elocuencia canina. Afirmaba que todo el mundo era del diablo, y como ya es familiar para ellos decir, que la Iglesia se había convertido en un burdel. Pero el otro, por el contrario, defendía razonablemente, aunque en un lugar y tiempo inoportunos, que Cristo no había muerto sin causa, ni había descendido el Hijo de Dios solo por la piel de cabra de los sardos. ¿Qué más? Mientras la audiencia y el círculo se disolvían con las luces ya encendidas en las calles, y la noche interrumpía la desordenada disputa, se retiraron casi escupiendo el uno al otro en la cara. Sin embargo, aquellos que estuvieron presentes decidieron que se reunirían en un pórtico secreto al amanecer: y cuando todos se reunieron según lo acordado, se decidió que el discurso de ambos fuera registrado por los notarios.

2. Hablar del hereje como del gentil.---Y así, con todos sentados, HELLADIUS LUCIFERIANO dijo: Primero quiero que se me responda si los arrianos son cristianos o no. ORTODOXO. Yo pregunto más, dijo, si todos los herejes son cristianos. L. dijo, A quien llamaste hereje, negaste que fuera cristiano. O. dijo, ¿Entonces todos los herejes no son cristianos? L. Ya lo escuchaste antes. O. Si no son de Cristo, son del diablo. L. Nadie lo duda. O. Si son del diablo, no importa si son herejes o gentiles. L. No lo refuto. O. Por lo tanto, tenemos fijado entre nosotros que del hereje se debe hablar como del gentil. L. Claramente fijado. O. Pregunta ahora como quieras, ya que entre nosotros está claro que los herejes son gentiles. L. Lo que mi pregunta quería forzar ha sido expresado, que los herejes no son cristianos. Ahora queda la conclusión. Si los arrianos son herejes, y todos los herejes son gentiles, entonces los arrianos son gentiles. Si los arrianos son gentiles, y está claro que no hay sociedad de la Iglesia con los arrianos, es decir, con los gentiles, es evidente que vuestra Iglesia, que recibe obispos de los arrianos, es decir, de los gentiles, no recibe tanto obispos como sacerdotes del Capitolio: y por lo tanto, debe ser llamada más sinagoga del Anticristo que Iglesia de Cristo.

3. Eucaristía.---O. He aquí que se ha cumplido la profecía: Me preparó una fosa, y él mismo cayó en ella. L. ¿De qué manera? O. Si los arrianos, como dices, son gentiles, y los conventículos de los arrianos son campamentos del diablo, ¿cómo recibes al bautizado en los campamentos del diablo? L. Lo recibo, pero penitente. O. No entiendes en absoluto lo que dices. ¿Alguien recibe a un gentil penitente? L. Yo respondí simplemente al principio del discurso que todos los herejes son gentiles. Pero como fue una pregunta capciosa, cediéndote la palma de la primera cuestión, pasaré a la segunda en la que afirmo que el laico que viene de los arrianos debe ser recibido penitente, pero el clérigo no debe ser recibido. O. Pero en la primera cuestión que dices que he ganado, también he ganado la segunda. L. Explica cómo la has ganado. O. ¿No sabes que tanto los laicos como los clérigos tienen un solo Cristo, y que no hay un Dios diferente para los neófitos y otro para los obispos? ¿Por qué entonces no recibe a los clérigos quien recibe a los laicos penitentes? L. No es lo mismo derramar lágrimas por los pecados que tocar el cuerpo del Señor. No es lo mismo postrarse a los pies de los hermanos que desde un lugar elevado ministrar la eucaristía al pueblo. Una cosa es

llorar por lo que fuiste, otra es vivir glorioso en la Iglesia, descuidando el pecado. Tú, que ayer proclamabas sacrílegamente al Hijo de Dios como una criatura; que diariamente, peor que los judíos, lanzabas piedras de blasfemia contra Cristo, cuyas manos están llenas de sangre, cuyo estilo fue la lanza del soldado, ¿entrarás como adúltero en la virgen Iglesia tras una hora de conversión? Si te arrepientes de haber pecado, deja el oficio de sacerdote: si confías en que has pecado, permanece en lo que fuiste.

4. O. Estás haciendo retórica; y de las espinas de las disputas, te lanzas a los campos de la libre declamación. Pero deja, te lo ruego, los lugares comunes, y vuelve al escalón y las líneas: después, si te place, discutiremos más ampliamente. L. No hay declamación aquí. El dolor supera la paciencia; propón como quieras, argumenta como quieras, nunca persuadirás que un obispo sea lo mismo que un laico penitente. O. Ya que obstinadamente sostienes que hay una razón diferente para el obispo y otra para el laico, para abreviar la contienda, concedo lo que pides: y no me molestará, con el lugar que haces, luchar contigo. Explicame por qué recibes al laico que viene de los arrianos, pero no al obispo. L. Recibo al laico que confiesa haber errado; y el Señor prefiere el arrepentimiento del pecador a la muerte. O. Recibe entonces también al obispo, que también confiesa haber errado, y el Señor prefiere el arrepentimiento del pecador a la muerte. L. Si confiesa haber errado, ¿por qué persiste como obispo? que deposite el sacerdocio, concedo el perdón al penitente. O. Te responderé también con tus palabras. Si el laico confiesa haber errado, ¿cómo persiste como laico? que deposite el sacerdocio del laico, es decir, el bautismo, y yo concedo el perdón al penitente. Pues está escrito: También nos hizo reino y sacerdotes para Dios su Padre (Apoc. I, 6). Y de nuevo, Nación santa, sacerdocio real, pueblo adquirido (I Pet. II, 9). Todo lo que no es lícito para un cristiano, es común tanto para el obispo como para el laico. Quien hace penitencia, condena las cosas anteriores. Si no es lícito para el obispo penitente persistir en lo que fue, tampoco es lícito para el laico penitente permanecer en aquello por lo que confiesa penitencia. L. Recibimos a los laicos, porque nadie se convertirá si sabe que debe ser rebautizado: y así sucederá que seremos la causa de su perdición si son rechazados. O. Tú, en lo que recibes al laico, salvando un alma al recibirlo; y yo, al recibir al obispo, no diré los pueblos de una ciudad, sino toda la provincia a la que preside, la asocio a la Iglesia; a quien si rechazo, arrastrará a muchos consigo a la ruina. Por lo tanto, te ruego que la misma razón que crees tener para recibir a unos pocos, también la concedas para la salvación de todo el mundo. Pero si no te agrada, y eres tan duro, más bien tan irracionalmente inclemente, que consideras enemigo de Cristo a quien da el bautismo, y hijo a quien lo recibe; no nos hacemos adversos a nosotros mismos: o recibimos al obispo con el pueblo, a quien hace cristiano; o si no recibimos al obispo, sabemos que también debemos rechazar al pueblo.

5. El obispo como condimento de su Iglesia. Llanto de la Iglesia por los penitentes. Libro de los doce Profetas. El obispo como ojo de la Iglesia.---L. Te ruego, ¿no has leído que se dice de los obispos: Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? no sirve para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres (Mat. V, 13). Pero también aquello, que el sacerdote debe interceder ante Dios por el pueblo pecador, y que por el sacerdote no hay otro que interceda (I Reg. III). Estos dos capítulos de las Escrituras convergen en un solo sentido. Pues así como la sal condimenta todo alimento, y no hay nada por sí mismo tan sabroso que sin ella deleite el gusto: así el obispo es el condimento de todo el mundo y de su propia Iglesia, quien si se desvanece, ya sea por negación, herejía, lujuria, y para decirlo de una vez, por todos los pecados, ¿por quién más podrá ser condimentado, cuando él mismo fue el condimento de todos? Pues el sacerdote ofrece su oblación por el laico, impone la mano al sujeto, invoca el retorno del Espíritu Santo, y así, al que fue entregado a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo, con la oración

impuesta sobre el pueblo, lo reconcilia al altar, y no restaura un miembro a la salud antes de que todos los miembros juntos hayan llorado. Pues fácilmente el padre perdona al hijo, cuando la madre intercede por sus entrañas. Si, por tanto, el laico penitente es restaurado a la Iglesia en el grado que hemos dicho, y allí sigue el perdón, donde el llanto ha precedido: es evidente que el sacerdote removido de su grado no puede ser restaurado al mismo lugar, porque o el penitente carecerá del sacerdocio, o permaneciendo en el honor, no podrá ser restaurado a la Iglesia por el orden del penitente. Tú ahora, con la sal desvanecida, contaminas el sabor de la Iglesia; tú, que debería estar echado fuera, yaciendo en el estiércol, para ser hollado por todos los hombres, lo repones sobre el altar. ¿Y dónde estará aquel precepto del Apóstol: Es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios (Tit. I, 7). Y de nuevo: Examínese cada uno a sí mismo, y así coma (I Cor. XI, 28)? ¿Dónde está la advertencia del Señor: No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mat. VII, 6)? Que si entiendes que esto se dice de todos en general, cuánto más debe prevenirse en los sacerdotes, cuando incluso de los laicos se previene así (Al. se tiene)! Sepárense, dice el Señor por Moisés, de las tiendas de estos hombres perversos, y no toquen nada de lo que es de ellos, para que no perezcan en su pecado (Num. XVI, 26). Y de nuevo en los doce Profetas: Sus sacrificios serán como pan de duelo; todos los que lo coman serán contaminados (Ose. IX, 4). Y en el Evangelio el Señor: La lámpara del cuerpo es el ojo, es decir, el obispo es la luz de la Iglesia. Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso (Mat. VI, 22). Pues cuando el sacerdote predica la verdadera fe, las tinieblas se disipan del corazón de todos. 176 Y da la razón: Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en casa (Mat. V, 15). Esto es, Dios enciende la chispa de su conocimiento en el obispo, no para que solo se ilumine a sí mismo, sino para que beneficie a todos. Y en consecuencia: Si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas! (Mat. VI, 23). Y con razón. Pues cuando el obispo es constituido en la Iglesia para corregir al pueblo del error, ¡cuán grande será el error en el pueblo cuando yerra el que enseña! ¿Cómo puede perdonar pecados quien es pecador? ¿Cómo hará santo el sacrílego? ¿De dónde me llegará la luz si mi ojo está ciego? ¡Ay de mí! El discípulo del Anticristo gobierna la Iglesia de Cristo. ¿Y dónde está aquello: No podéis servir a dos señores (Mat. VI, 24)? Pero también aquello, ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué concordia tiene Cristo con Belial? (II Cor. VI, 14, 15). Leemos en el Antiguo Testamento (Lev. XXI, 17, y XXI, 3): El hombre en quien haya mancha y defecto, no se acerque a ofrecer dones al Señor. Y de nuevo: Los sacerdotes que se acercan al Señor Dios para sacrificar, sean puros, no sea que el Señor los abandone. Y en el mismo: Y cuando se acerquen a ministrar las cosas santas, no traigan sobre sí pecado; no sea que mueran. Y muchas otras cosas, que sería infinito seguir, omito por el afán de brevedad. Pues no es el número de testimonios, sino la autoridad lo que vale. De los cuales se muestra que vosotros, por un poco de levadura, habéis corrompido toda la masa de la Iglesia, y hoy recibís la Eucaristía de su mano, a quien ayer escupíais como a un ídolo.

6. Sacrificio en la Iglesia. Cristo purificó las aguas con su lavacro.---O. Has dicho muchas cosas de las Sagradas Escrituras de memoria y copiosamente: pero cuando has recorrido todo el bosque, te encierras en mis redes. Sea, como quieres, que el obispo arriano es enemigo de Cristo, que es sal desvanecida, que es lámpara sin luz, que es ojo sin pupila: sin duda llegarás a que no puede salvar quien no tiene sal; no puede iluminar el ciego, no puede encender el apagado. Pero tú, cuando devoras el alimento condimentado por él, ¿por qué acusas de insulso al condimento? De su luz brilla tu Iglesia, y acusas su lámpara de apagada? ¿Te proporciona ojos y es ciego? Por lo tanto, te ruego que o le concedas la licencia de sacrificar, cuyo bautismo apruebas: o repruebes su bautismo, a quien no consideras sacerdote. Pues no

puede ser que quien es santo en el bautismo, sea pecador en el altar. L. Pero yo recibo al laico penitente por la imposición de manos y la invocación del Espíritu Santo, sabiendo que el Espíritu Santo no puede ser conferido por los herejes. O. Todos los caminos de vuestras proposiciones confluyen en un solo cruce, y al modo de los ciervos temerosos, mientras evitáis los vanos vuelos de las plumas, os enredáis en las redes más fuertes. Pues cuando el hombre bautizado en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se convierte en templo del Señor, cuando, destruido el antiguo edificio, se edifica un nuevo santuario de la Trinidad, ¿cómo dices que los pecados pueden ser perdonados sin la venida del Espíritu Santo entre los arrianos? ¿Cómo se purga el alma de sus antiguas inmundicias, que no tiene el Espíritu Santo? Pues no es el agua la que lava el alma, sino que primero es lavada por el Espíritu, para que pueda lavar a otros espiritualmente. El Espíritu, dice Moisés, del Señor se movía sobre las aguas (Gen. I, 2). De lo cual se muestra que el bautismo no es sin el Espíritu Santo. El estanque de Bethesda en Judea no podía sanar los miembros corporalmente debilitados sin la venida del Ángel: ¿y tú me produces un alma lavada con agua simple, como si fuera de un baño? Nuestro mismo Señor Jesucristo, que no fue tanto purificado por el lavacro, como que en su lavacro purificó todas las aguas, tan pronto como levantó la cabeza del agua, recibió el Espíritu Santo, no porque alguna vez estuviera sin el Espíritu Santo, ya que nació en la carne del Espíritu Santo: sino para que se nos mostrara que el verdadero bautismo es aquel en el que el Espíritu Santo viene. Por lo tanto, si el arriano no puede dar el Espíritu Santo, tampoco puede bautizar, porque el bautismo de la Iglesia sin el Espíritu Santo no es nada. 178 Pero tú, cuando recibes al bautizado por él, y después invocas al Espíritu Santo, o debes bautizarlo, porque sin el Espíritu Santo no pudo ser bautizado: o si fue bautizado en el Espíritu, deja de invocar al Espíritu, que entonces cuando fue bautizado, recibió.

7. ¿Qué es necesario para el verdadero bautismo? ¿Qué es el bautismo de Juan? Sin el Espíritu Santo no hay bautismo. El verdadero y legítimo bautismo de la Iglesia.---L. Te ruego, ¿no has leído en los Hechos de los Apóstoles que aquellos que ya habían sido bautizados por Juan, al responder a la pregunta del Apóstol que ni siquiera habían oído hablar del Espíritu Santo, después recibieron el Espíritu Santo? De donde es evidente que alguien puede ser bautizado y, sin embargo, no tener el Espíritu Santo. O. No creo que quienes escuchan sean tan ignorantes de los Libros Divinos como para necesitar un largo discurso para resolver esta pequeña cuestión. Pero antes de hablar sobre este asunto, escucha, según tu entendimiento, cuánta confusión surge en las Escrituras. ¿Cómo es que Juan en su bautismo no pudo dar el Espíritu Santo a otros, pero sí a Cristo? ¿Y quién es este Juan? La voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios (Isaías 40, 3; Mateo 3, 3). Aquel que decía: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan 1, 29). Digo menos, aquel que desde el vientre de su madre clamaba: ¿Y de dónde a mí esto, que la madre de mi Señor venga a mí? (Lucas 1, 43). ¿No dio el Espíritu Santo, que Felipe el diácono dio al eunuco (Hechos 8)? ¿Que Ananías dio a Pablo (Hechos 9)? Tal vez parezca audaz preferir a Juan sobre todos. Escucha al Señor hablando: No ha nacido de mujer uno mayor que Juan el Bautista (Mateo 11, 11). Pues a ninguno de los profetas le fue dado anunciar a Cristo y señalarlo con el dedo. ¿Y por qué necesito detenerme en las alabanzas de tal hombre, cuando incluso es llamado ángel por Dios Padre? He aquí, dice, envío mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti (Mateo 11, 10). Claramente un ángel, que después de la hospitalidad del vientre materno siguió los desiertos del eremita, jugó de niño con las serpientes; que, con los ojos puestos en Cristo, no se dignó mirar nada más; que educó su voz digna de Dios con las palabras del Señor, más dulces que la miel y el panal. Y para no prolongar la cuestión, así convenía que creciera el Precursor del Señor. ¿Entonces este tal y tan grande no dio el Espíritu Santo, que Cornelio el centurión

recibió antes de ser bautizado? Responde, por favor, ¿por qué no lo dio? ¿No lo sabes? Escucha lo que enseñan las Escrituras: el bautismo de Juan no tanto perdonó pecados, como fue un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, es decir, para la futura remisión; que habría de seguir después por la santificación de Cristo. Pues está escrito: Juan estuvo en el desierto bautizando y predicando el Evangelio de la penitencia para la remisión de los pecados. Y poco después: Y eran bautizados por él en el Jordán confesando sus pecados. Pues así como él fue el Precursor del Señor, así también su bautismo fue previo al bautismo del Señor. El que es de la tierra, decía, habla de la tierra; el que viene de lo alto, está sobre todos (Juan 3, 31). Y de nuevo: Yo os bautizo en agua, él os bautizará en el Espíritu (Mateo 3, 11). Pero si Juan, como él mismo confesó, no bautizó en el Espíritu, consecuentemente tampoco perdonó pecados, porque a ningún hombre se le perdonan los pecados sin el Espíritu Santo. O si argumentas con obstinación que el bautismo de Juan perdonó pecados porque fue del cielo, explica qué más conseguimos en el bautismo de Cristo. Lo que perdona pecados, libera del infierno. Lo que libera del infierno, es perfecto. Pero el bautismo perfecto, a menos que sea en la cruz y en la resurrección de Cristo, no puede llamarse tal. Así tú, religioso en sentido perverso, al decir el mismo Juan: Es necesario que él crezca y yo disminuya; mientras atribuyes más al bautismo del siervo de lo que tuvo, destruyes el del Señor, al que no dejas nada más. ¿A dónde tiende esta afirmación? Evidentemente, para que no te parezca extraño si aquellos que fueron bautizados por Juan, después por la imposición de manos de los Apóstoles, recibieron el Espíritu Santo; ya que está claro que ni siquiera consiguieron la remisión de los pecados sin la fe que habría de seguir. Pero tú que recibes al bautizado por los arrianos, y le atribuyes un bautismo que es perfecto, ¿cómo es que, como si le faltara algo pequeño, invocas al Espíritu Santo, cuando el bautismo de Cristo sin el Espíritu Santo no es nada? Pero me he extendido demasiado, y aunque podría haber desviado el ataque del adversario con un rostro sereno, he dirigido armas más ligeras desde lejos. Pues el bautismo de Juan fue tan imperfecto, que está claro que después fueron bautizados con el bautismo de Cristo aquellos que habían sido bautizados por él. Pues así lo refiere la historia: Sucedió que, mientras Apolo estaba en Corinto, y Pablo atravesaba las regiones superiores de Asia, llegó a Éfeso, y al encontrar a algunos discípulos, les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos respondieron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces les dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Respondieron: En el bautismo de Juan. Pablo entonces dijo: Juan bautizó con el bautismo de penitencia al pueblo, diciendo que creyeran en el que vendría después de él, esto es, en Jesús, para la remisión de los pecados. Al oír esto, fueron bautizados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Y cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos (Hechos 19, 1 y ss.). Si, por tanto, fueron bautizados con el verdadero y legítimo bautismo de la Iglesia, y así después recibieron el Espíritu Santo: sigue tú también la autoridad de los Apóstoles, y bautiza a aquellos que no tienen el bautismo de Cristo, y podrás invocar al Espíritu Santo.

8. Costumbre de las Iglesias en la imposición de manos. Autoridad de la tradición.---L. Los que tienen sed mientras duermen, ávidamente sumergen sus gargantas en los ríos. Y cuanto más beben, más sed tienen. Así me pareces tú, que contra la pequeña cuestión que propuse, has buscado argumentos de aquí y de allá, y sin embargo, persistes en la misma sed de cuestiones. ¿O no sabes que también es costumbre de las Iglesias que a los bautizados se les impongan las manos después, y así se invoque al Espíritu Santo? ¿Exiges dónde está escrito? En los Hechos de los Apóstoles. Incluso si no hubiera autoridad de las Escrituras, el consenso de todo el mundo en esta parte tendría el valor de un precepto. Pues también muchas otras cosas que se observan en las Iglesias por tradición, han usurpado para sí la autoridad de la ley escrita, como sumergir la cabeza tres veces en el lavacro, luego al salir, probar la concordia

de la leche y la miel como señal de infancia, no arrodillarse para adorar en el día del Señor y en toda Pentecostés, y romper el ayuno, y muchas otras cosas que no están escritas, que la observación razonable ha reivindicado. De lo cual adviertes que seguimos la costumbre de la Iglesia, aunque antes de la invocación del Espíritu conste que alguien ha sido bautizado.

9. El obispo acude a la imposición de manos. Blasfemias de los arrianos. ¿Por qué la imposición de manos está reservada al obispo? Derecho de bautizar del obispo.---O. No niego que esta sea la costumbre de las Iglesias, que el obispo acuda a aquellos que han sido bautizados lejos de las grandes ciudades por presbíteros y diáconos, para imponer la mano en la invocación del Espíritu Santo. Pero, ¿cómo es que transfieres las leyes de la Iglesia a la herejía, y permites que la integridad de tu virgen sea profanada por los burdeles de las meretrices? Si el obispo impone la mano, la impone a aquellos que han sido bautizados en la fe correcta, que han creído en tres personas, una sustancia en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero el arriano, que no ha creído en nada más (cerrad, por favor, los oídos quienes vais a escuchar, para que no os contaminéis con las voces de tanta impiedad) que en el Padre solo como verdadero Dios, y en Jesucristo como criatura, y en el Espíritu Santo como siervo de ambos, ¿cómo recibirá el Espíritu Santo de la Iglesia, quien aún no ha conseguido la remisión de los pecados? Pues el Espíritu Santo no habita en una sede que no esté limpia: ni se convierte en habitante de aquel templo que no tiene como sumo sacerdote la verdadera fe. Si en este lugar preguntas por qué el bautizado en la Iglesia no recibe el Espíritu Santo sin la imposición de manos del obispo, que nosotros afirmamos que se otorga en el verdadero bautismo, aprende que esta observación descende de la autoridad de que después de la ascensión del Señor, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles. Y encontramos que lo mismo se ha hecho en muchos lugares, más por honor al sacerdocio que por ley de necesidad. De lo contrario, si el Espíritu Santo solo descende por la invocación del obispo, deben ser lamentados aquellos que, bautizados en aldeas, o en castillos, o en lugares remotos por presbíteros y diáconos, murieron antes de ser visitados por los obispos. La salvación de la Iglesia depende de la dignidad del Sumo Sacerdote: a quien si no se le da un poder especial y eminente sobre todos, se producirán tantos cismas en las Iglesias como sacerdotes. De ahí que sin el crisma y la orden del obispo, ni el presbítero ni el diácono tengan derecho a bautizar. Lo que sabemos que también se permite frecuentemente a los laicos, si la necesidad lo exige. Pues así como uno recibe, también puede dar; a menos que tal vez se deba creer que el eunuco bautizado por Felipe el diácono estaba sin el Espíritu Santo, de quien la Escritura habla así: Y descendieron ambos al agua; y Felipe lo bautizó (Hechos 8, 38). Y cuando salieron del agua, el Espíritu Santo vino sobre el eunuco. Pero si piensas que esto debe objetarse, porque, cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan, quienes al llegar oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, pues aún no había descendido sobre ninguno de ellos (Hechos 8). Aprende por qué se hizo así en lo que sigue. Pues él mismo dice: Pero solo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo. Si también dices que haces lo mismo, porque los herejes no bautizaron en el Espíritu Santo, debes saber que Felipe no estaba separado de los apóstoles, tenía la misma Iglesia, predicaba al mismo Señor Jesucristo; ciertamente era diácono de aquellos que después impusieron las manos. Pero tú, cuando dices que entre los arrianos no hay Iglesia, sino sinagoga; ni clérigos de Dios, sino adoradores de criaturas e ídolos, ¿cómo afirmas que en una causa desigual mantienes la misma razón?

10. L. Con valentía y firmeza me rechazas cuando lucho contra ti cara a cara; pero eres golpeado por la espalda, y no proteges tus espaldas desnudas de las lanzas. Que entre los arrianos no haya ni siquiera bautismo, y por eso no puedan dar el Espíritu Santo, porque aún

no han recibido la remisión de los pecados; todo esto contribuye a mi victoria, y el campo de tus argumentos suda la palma de mi victoria. El arriano no tiene bautismo, ¿y cómo tiene sacerdocio? No hay laico entre ellos, ¿y cómo puede ser obispo? A mí no se me permite recibir a un mendigo, ¿y tú recibes a un rey? Vosotros entregáis el campamento al enemigo; ¿y el desertor debe ser rechazado por nosotros?

11. O. Si recordaras lo anterior, ya sabrías que se te ha respondido; pero mientras sigues el amor por contradecir, te has desviado de las líneas de las cuestiones: al modo de algunos locuaces más que elocuentes, que aunque no saben disputar, no dejan de litigar. Pues yo no desapruero ni defiendo a los arrianos en el presente, sino que rodeo la misma meta de mi carrera, recibiendo al obispo de la misma manera que tú recibes al laico. Si concedes perdón al que yerra, yo también perdono al penitente. Si al bautizado en su fe el que bautiza no pudo hacerle daño, tampoco al constituido sacerdote en su fe el que lo constituye lo contaminó. La herejía es sutil, y por eso las almas simples son fácilmente engañadas. El engaño es común tanto al laico como al obispo. Pero el obispo no pudo errar. En verdad, son elegidos para el episcopado del seno de Platón y Aristófanes. Pues, ¿quién es el que no está perfectamente instruido en estas cosas? Finalmente, de los letrados, cualquiera que hoy es ordenado, se preocupa no tanto por cómo beber la médula de las Escrituras, sino por cómo deleitar los oídos del pueblo con las flores de los declamadores. A esto se añade que la herejía arriana se acomoda más a la sabiduría del mundo, y toma los ríos de argumentaciones de las fuentes de Aristóteles. Por lo tanto, al modo de los niños pequeños que compiten entre sí, diré lo que digas: afirmarás, afirmaré; negarás, negaré. El arriano bautiza, por lo tanto es obispo: no bautiza, tú refuta al laico, y yo no recibo al sacerdote. Te seguiré a donde vayas, o quedaremos atrapados juntos en el lodo, o nos liberaremos juntos.

12. Interrogación solemne en el Bautismo.---L. Pero al laico se le debe perdonar porque, creyendo que era la Iglesia de Dios, se acercó con simplicidad, y creyendo según su fe fue bautizado. O. Afirmas algo nuevo, que alguien se haya hecho cristiano por quien no fue cristiano. Al acercarse a los arrianos, ¿en qué fe fue bautizado? Sin duda en la que tenían los arrianos. O si ya él mismo creía bien, y sabiendo fue bautizado por herejes, no merece el perdón del error. Pero esto es completamente absurdo, que el discípulo vaya al maestro siendo ya artesano antes de ser enseñado; que recién convertido de la veneración de ídolos, conozca a Cristo mejor que quien lo enseña. Pero dices: Creyó simplemente en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por eso consiguió el bautismo. ¿Cuál es esta simplicidad, te pregunto, de no saber lo que crees? Creyó simplemente. ¿Qué creyó? Ciertamente, al oír tres nombres, creyó en tres dioses, y se convirtió en idólatra; o creyendo en un Dios trínombre en tres vocablos, cayó en la herejía de Sabelio. O instruido por los arrianos, creyó que solo el Padre es el verdadero Dios, y que el Hijo y el Espíritu Santo son criaturas. O fuera de esto, no sé qué más pudo haber creído: a menos que tal vez, ya instruido en el Capitolio, hubiera aprendido la Trinidad homousiana. Sabía que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no están divididos por naturaleza, sino por personas. Sabía también que el nombre del Hijo está en el Padre, y el nombre del Padre en el Hijo. Una afirmación completamente ridícula, discutir sobre la fe antes de creer; saber el misterio antes de ser iniciado; que el que bautiza piense de Dios de una manera, y el bautizado de otra. Además, siendo solemne en el lavacro, después de la confesión de la Trinidad, preguntar: ¿Crees en la santa Iglesia? ¿Crees en la remisión de los pecados? ¿Qué Iglesia dices que creyó? ¿La de los arrianos? Pero no la tienen. ¿La nuestra? Pero fuera de esta, bautizado, no pudo creer en la que no conoció.

13. L. Ya que argumentas sobre todo, y eludes con el escudo de la oratoria las lanzas que lanzamos, lanzaré una lanza que penetre el umbo de tu escudo y las palabras resonantes, con su fuerza, y no permitiré más que la fortaleza sea superada por el arte. El laico, incluso fuera

de la Iglesia, bautizado en la fe, es recibido como penitente: pero el obispo o no hace penitencia, y es sacerdote, o si hace penitencia, deja de ser obispo. Por lo tanto, correctamente recibimos al laico penitente; y al obispo, si quiere perseverar en el sacerdocio, lo rechazamos. O. La flecha que se dirige con el nervio tenso es difícil de evitar. Pues llega antes al que se lanza que se frustra con el obstáculo del escudo. Por el contrario, tus proposiciones, porque se lanzan sin la punta de hierro, no pueden perforar al enemigo. Por lo tanto, esa lanza que lanzaste con todas tus fuerzas, de la que nos amenazas, la repeleré con un solo dedo, como dicen. Pues no se pregunta de esta manera si el obispo puede ser penitente y el laico puede serlo; sino si el hereje tiene bautismo; que si, como consta, no tiene bautismo, ¿cómo puede ser penitente antes de ser cristiano? Prueba que el laico que viene de los arrianos tiene bautismo, y entonces no le negaré la penitencia. Pero si no es cristiano, si no tuvo sacerdote que lo hiciera cristiano, ¿cómo hará penitencia un hombre que aún no cree?

14. L. Te ruego que, dejando la argumentación de los filósofos, hables conmigo con la simplicidad cristiana, si no sigues a los dialécticos, sino a los pescadores. ¿Te parece justo que un arriano sea obispo? O. Tú lo pruebas obispo, porque recibes de él al bautizado, y en esto debes ser reprendido, ¿por qué te separas de nosotros en los muros, cuando en la fe y en la recepción de los arrianos consientes con nosotros? L. Ya te he pedido antes que hables conmigo no filosóficamente, sino cristianamente. O. ¿Quieres aprender o conteniendo? L. Por supuesto que contiendo, porque busco de ti la razón de tu hecho. O. Si contiendes, ya se te ha respondido. Pues recibo al obispo de los arrianos de la misma manera que tú recibes al bautizado. Si deseas aprender, pasa a mi lado. Pues el adversario es vencido, el discípulo es enseñado. L. No puedo ser discípulo antes de escuchar al maestro predicando. O. Ya que te escabulles, y así quieres ser enseñado por mí, para tener al adversario intacto, te enseñaré a tu manera. Consentimos en la fe, consentimos en recibir a los herejes, consintamos también en el acuerdo. L. Esto no es enseñar, sino argumentar. O. Porque tú pides la paz con el escudo, y nosotros insertamos la rama de olivo en la espada. L. He aquí, levanto las manos, cedo, has vencido. Pero cuando deposite las armas, busco la razón del sacramento en el que me obligas a jurar. O. Me congratulo contigo por ahora, y doy gracias a Cristo mi Dios, porque con buen ánimo te has trasladado del error de los sardos al sabor de todo el mundo, y no dices como algunos: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo (Salmo 11, 1): cuya voz impía vacía la cruz de Cristo, somete al Hijo de Dios al diablo, y aquella lamentación que fue pronunciada por el Señor sobre los pecadores, ahora la entienden dicha sobre todos los hombres: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras descendo a la corrupción? (Salmo 29, 10). Pero lejos esté que Dios haya muerto en vano. El fuerte ha sido atado, y sus bienes han sido saqueados (Marcos 3, 27). La alocución del Padre se ha cumplido: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Salmo 2, 8). Han aparecido las fuentes de las aguas, y se han revelado los fundamentos del mundo (Salmo 18, 16). Ha puesto su tabernáculo en el sol, y no hay quien se esconda de su calor (Salmo 18, 6). El salmista lleno de Dios canta: Los enemigos han perecido, las espadas hasta el fin, y has destruido sus ciudades (Salmo 9, 7).

15. ¿Y dónde, pregunto, están esos que son demasiado religiosos, o más bien demasiado profanos, que afirman que hay más sinagogas que Iglesias? ¿Cómo han sido destruidas las ciudades del diablo; y al final, es decir, en la consumación de los siglos, los ídolos han caído? Si Cristo no tiene Iglesia, o si solo la tiene en Cerdeña, se ha vuelto demasiado pobre. Y si Satanás posee a Britania, las Galias, Oriente, los pueblos de los indios, las naciones bárbaras y todo el mundo a la vez: ¿cómo es que los trofeos de la Cruz han sido llevados a todos los rincones de la tierra? Sin duda, el adversario poderoso concedió a Cristo la Iberia: despreció poseer a los hombres pálidos y a la provincia pobre. Pero si se halagan con la sentencia que

está escrita en el Evangelio: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre, encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8), sepan que se nombra aquella fe de la que el mismo Señor decía: Tu fe te ha salvado (Mat. IX, 22). Y en otro lugar sobre el centurión: No he encontrado tanta fe en Israel (Mat. VIII, 16). Y de nuevo a los apóstoles: ¿Por qué tienen miedo, hombres de poca fe? (Luc. VII, 9). Y también en otro lugar: Si tuvieran fe como un grano de mostaza, dirían a este monte, muévete, y se movería (Mat. XIV, 31). Pues ni el centurión ni aquella mujer que durante doce años padecía flujo de sangre habían creído en los sacramentos de la Trinidad, que fueron manifestados a los apóstoles después de la resurrección de Cristo; para que con razón se alabaran la fe de aquellos que está en el misterio: sino que la simplicidad de la mente y el alma devota a su Dios fueron aprobadas: Pues decía en su corazón, si tan solo toco su manto, seré salva (Mat. IX, 21). Esta es la fe que Dios declaró rara de encontrar. Esta es la fe que, incluso entre aquellos que creen bien, difícilmente se encuentra perfecta. Que te sea hecho, dice Dios, según tu fe. No quiero escuchar esta voz. Pues si me es hecho según mi fe, pereceré. Y ciertamente creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, y creo en Dios Espíritu Santo. Creo en un solo Dios, y sin embargo, según mi fe, no quiero que me sea hecho. Pues a menudo viene el enemigo, y entre la cosecha del Señor siembra cizaña. No digo esto porque haya algo mayor que la fe del sacramento, que la pureza del alma: pero la fe indudable hacia Dios, arduamente se encuentra. Por ejemplo, para que lo que queremos quede claro: me pongo a orar; no oraría si no creyera: pero si realmente creyera, purificaría ese corazón con el que se ve a Dios, golpearía mi pecho con las manos, regaría mis mejillas con lágrimas, me estremecería en el cuerpo, palidecería en el rostro, me postraría a los pies de mi Señor, los bañaría con llanto, los secaría con mi cabello, ciertamente me aferraría al tronco de la cruz, y no lo soltaría hasta obtener misericordia. Pero ahora, muy a menudo en mi oración, o camino por los pórticos, o calculo el interés, o distraído por pensamientos impuros, incluso hago cosas que son vergonzosas de mencionar. ¿Dónde está la fe? ¿Acaso pensamos que Jonás oró así? ¿Así los tres jóvenes? ¿Así Daniel entre los leones? ¿Así ciertamente el ladrón en la cruz? Y esto lo he expuesto como ejemplo para la comprensión del sentido. Sin embargo, que cada uno examine su corazón, y en toda su vida encontrará cuán raro es encontrar un alma fiel, que no haga nada por el deseo de gloria, nada por los rumores de los hombres. Pues no es inmediatamente que quien ayuna, ayuna para Dios, o extendiendo la mano al pobre, presta a Dios. Los vicios son cercanos a las virtudes. Es difícil estar contento con Dios como único juez.

16. L. Has anticipado mi pregunta: pues reservaba esta Escritura para el final. Y todos los nuestros, o más bien ya no míos, la usan como un ariete en las discusiones, lo cual me alegra mucho que esté roto y destrozado. Pero te ruego que me expliques toda la causa por la cual la Iglesia recibe a los que vienen de los arrianos, no como adversario, sino como discípulo. Pues aunque no puedo responderte con palabras, aún no estoy de acuerdo en mi mente.

17. O. Bajo el rey Constancio, siendo cónsules Eusebio e Hipacio, en nombre de la unidad y la fe, se escribió la infidelidad, como ahora se reconoce. Pues en aquel tiempo, nada parecía más piadoso, nada más conveniente para el siervo de Dios, que seguir la unidad y no separarse de la comunión de todo el mundo. Especialmente cuando la superficie de la exposición no presentaba ya nada sacrílego: Creemos, decían, en un solo Dios verdadero, Padre omnipotente. Esto también lo confesamos nosotros. Creemos en el Hijo Unigénito de Dios, que antes de todos los siglos, y antes de todo principio, nació de Dios. Nacido el Unigénito solo del solo Padre, Dios de Dios, semejante a su Padre según las Escrituras; cuya natividad nadie conoce, sino solo el que lo engendró, el Padre. ¿Acaso aquí se insertó: Hubo un tiempo cuando no era? o, de cosas que no existían, ¿es criatura el Hijo de Dios? La fe perfecta es creer en Dios de Dios. Y decían que el Unigénito nació solo del solo Padre. ¿Qué

es nacido? Ciertamente no hecho. La natividad eliminaba la sospecha de criatura. Añadían además, que descendió del cielo, fue concebido por el Espíritu Santo, nació de María Virgen, fue crucificado por Poncio Pilato, resucitó al tercer día de entre los muertos, ascendió al cielo, está sentado a la derecha de Dios Padre, vendrá a juzgar a vivos y muertos. Las palabras sonaban a piedad, y entre tanta miel de proclamación, nadie pensaba que se había insertado veneno.

18. El nombre de Usía por qué fue eliminado. Valente, obispo de Mursa. Archivos públicos de las Iglesias. Actas del sínodo de Rímini.---Sobre la eliminación del nombre de Usía, se ofrecía una razón verosímil. Porque en las Escrituras, decían, no se encuentra, y escandaliza a muchos más simples por su novedad, se decidió eliminarlo. No era preocupación de los obispos el vocablo, cuando el sentido estaba a salvo. Finalmente, en ese mismo tiempo, cuando el rumor del pueblo ventilaba que había fraude en la exposición, Valente, obispo de Mursa, quien la había redactado, en presencia de Tauro, prefecto del pretorio, quien por orden del rey asistía al sínodo, profesó no ser arriano, y aborrecer por completo sus blasfemias. El asunto, llevado en secreto, no extinguió la opinión del vulgo. Así que otro día en la Iglesia, que está en Rímini, y con las multitudes de obispos y laicos reunidos, Muzonio, obispo de la provincia de Bizacena, a quien por su edad se le otorgaba el primer lugar por todos, habló así: Lo que ha sido divulgado públicamente, y ha llegado hasta nosotros, ordenamos que alguien de nosotros lo lea a vuestra santidad, para que lo que es malo, y debe aborrecerse de nuestros oídos y corazón, sea condenado con una sola voz por todos. Respondieron todos los obispos, que así sea. Así que cuando Claudio, obispo de la provincia de Piceno, por orden de todos, comenzó a leer las blasfemias que se atribuían a Valente, Valente, negando que fueran suyas, exclamó y dijo: Si alguien niega que Cristo el Señor, Hijo de Dios, fue engendrado del Padre antes de los siglos, sea anatema. Todos respondieron al unísono, sea anatema. Si alguien niega que el Hijo es semejante al Padre según las Escrituras, sea anatema. Todos respondieron, sea anatema. Si alguien no dice que el Hijo de Dios es eterno con el Padre, sea anatema. Todos clamaron al unísono, sea anatema. Si alguien dice que el Hijo de Dios es una criatura, como las demás criaturas, sea anatema. De igual manera se dijo, sea anatema. Si alguien dice que el Hijo es de cosas que no existen, y no del Dios Padre, sea anatema. Todos clamaron, sea anatema. Si alguien dice, hubo un tiempo cuando no era el Hijo, sea anatema. En esto, todos los obispos, y toda la Iglesia al unísono, recibieron la voz de Valente con aplausos y júbilo. Si alguien piensa que esto lo hemos inventado, que examine los archivos públicos. Ciertamente están llenos los archivos de las Iglesias, y la memoria del hecho aún es reciente. Quedan hombres que asistieron a ese sínodo; y para confirmar la verdad, los mismos arrianos no niegan que esto se llevó a cabo tal como lo hemos dicho. Así que cuando todos elevaban a Valente al cielo con alabanzas, y condenaban con arrepentimiento su sospecha sobre él; el mismo Claudio que había comenzado a leer, dijo: Aún hay algunas cosas que han escapado al señor y hermano mío Valente, que si les parece, para que no quede ningún escrúpulo, condenemos en común. Si alguien dice que el Hijo de Dios es antes de todos los siglos; pero no antes de todo tiempo en absoluto, para que algo se le anteponga, sea anatema. Todos dijeron, sea anatema. Y muchas otras cosas que parecían sospechosas, Valente las condenó a la pronunciación de Claudio. Si alguien desea aprender más plenamente, encontrará en las actas del sínodo de Rímini, de donde también nosotros hemos tomado esto.

19. Valente y Ursacio. El Cuerpo del Señor en la Iglesia. El sínodo de Nicea por qué fue convocado.---Hechos estos, el concilio se disuelve. Todos regresan felices a sus provincias. Pues tanto al Rey como a todos los buenos les preocupaba que Oriente y Occidente se unieran en el vínculo de la comunión. PERO LOS CRÍMENES NO PERMANECEN OCULTOS POR MUCHO TIEMPO, y la cicatriz mal cerrada, con pus no cocido, se rompe. Comenzaron

después Valente y Ursacio, y los demás socios de su maldad, ciertamente insignes sacerdotes de Cristo, a jactarse de sus palmas, diciendo que no habían negado que el Hijo fuera una criatura, sino semejante a las demás criaturas. Entonces el nombre de usía fue abolido: entonces se proclamó la condenación de la fe de Nicea. Todo el mundo gimió, y se sorprendió de ser arriano. Así que algunos comenzaron a permanecer dentro de su comunión, otros a enviar cartas a aquellos confesores que estaban exiliados bajo el nombre de Atanasio: algunos lamentaron la sociedad iniciada mejor por desesperación. Pero pocos (como es la naturaleza de los hombres) defendieron el error como consejo. La barca de los Apóstoles estaba en peligro, los vientos la azotaban, los lados eran golpeados por las olas: ya no quedaba esperanza: el Señor es despertado, ordena a la tempestad, la bestia [es decir, Constancio] muere, la tranquilidad regresa. Hablaré más claramente. Todos los obispos, que habían sido desterrados de sus propias sedes, regresan a las Iglesias por la indulgencia del nuevo príncipe [es decir, Juliano]. Entonces Egipto recibió a su triunfador Atanasio; entonces la Iglesia de las Galias abrazó a Hilario regresando de la batalla; entonces Italia cambió sus vestiduras de luto por el regreso de Eusebio [es decir, de Vercelli]. Los obispos que habían sido atrapados por los engaños de Rímmini, sin conciencia de ser herejes, comenzaron a reunirse, testificando el Cuerpo del Señor, y todo lo que es santo en la Iglesia, que no sospechaban nada malo en su fe. Pensamos, decían, que el sentido concordaba con las palabras; y en la Iglesia de Dios, donde hay simplicidad, donde hay confesión pura, no temimos que hubiera algo oculto en el corazón, algo diferente en los labios. Nos engañó la buena opinión sobre los malos. No pensamos que los sacerdotes de Cristo lucharan contra Cristo. Y muchas otras cosas, que por amor a la brevedad omito, afirmaban llorando: dispuestos a condenar tanto la suscripción anterior como todas las blasfemias de los arrianos. En este punto pregunto a esos demasiado religiosos, ¿qué creen que se debería haber hecho con los confesores? Dirán, deponer a los antiguos obispos, y ordenar nuevos [o, ordenar]. Se intentó. Pero ¿cuántos, bien conscientes de sí mismos, permiten ser depuestos? Especialmente cuando todos los pueblos, amando a sus sacerdotes, casi se lanzaron a las piedras y a la muerte de quienes los deponían. Dirán, deberían haber permanecido dentro de su comunión. Esto es decir, con irracional crueldad habrían entregado todo el mundo al diablo [o, condenado]. ¿Por qué habrían condenado a quienes no eran arrianos? ¿Por qué habrían dividido la Iglesia que permanecía en la concordia de la fe? ¿Por qué finalmente, creyendo bien, habrían hecho arrianos por su obstinación? Pues cuando en el sínodo de Nicea, que fue convocado por la perfidia arriana, sabemos que ocho obispos arrianos fueron recibidos; y ya no hay obispo en el mundo, sino aquellos que ese sínodo ordenó: ¿cómo pudieron actuar contra ella, por la cual sufrieron el exilio?

20. Autores de la herejía arriana. Quedaban hombres que asistieron al sínodo de Nicea. Lo que se decidió en el sínodo de Alejandría. Lo que hizo Lucifer.---L. ¿Acaso entonces también fueron recibidos los arrianos? ¿Quiénes, pregunto? O. Eusebio, obispo de Nicomedia, Teognio [o, Teogonio] obispo de Nicea. Saras entonces presbítero de Libia. Eusebio, obispo de Cesarea de Palestina, y los demás, que enumerar sería largo. El mismo también, cabeza de ellos y causa de los males, Arrio presbítero, y Ezoius diácono, quien después de Eudoxio fue obispo de Antioquía; y Aquilas lector. Pues estos tres clérigos de la Iglesia de Alejandría, fueron autores de esta herejía. L. Si alguien niega que fueron recibidos, ¿cómo se les refutará? O. Aún quedan hombres que asistieron a ese sínodo. Y si esto es poco, porque por la antigüedad del tiempo son muy pocos, y no pueden estar presentes testigos en todo lugar, leamos las actas y los nombres de los obispos del sínodo de Nicea; y encontraremos que estos que mencionamos arriba fueron recibidos, suscribiendo el homousion, entre los demás. L. Si puedes, muestra que después del sínodo de Nicea ellos declinaron a la perfidia. O. Has propuesto correctamente. Pues suelen negar con los ojos cerrados, quienes no creen que se

hizo lo que no quieren. Pero ¿cómo no declinaron después, por quienes se convocó el sínodo? Y cuyas cartas y libros de impiedad, publicados antes del sínodo, duran hasta el presente. Así que cuando en aquel tiempo más de trescientos obispos, pudieron recibir a unos pocos hombres, que sin daño de la Iglesia podían rechazar: me sorprende que algunos, y ciertamente seguidores de la fe de Nicea, sean de tanta dureza, que no piensen que tres confesores regresando del exilio, debieron hacer por la salvación de todo el mundo lo que tantos y tales hombres hicieron voluntariamente. Pero, como comenzamos a decir, después del regreso de los confesores, en el sínodo de Alejandría se decidió que, excepto los autores de la herejía, que el error no podía excusar, los penitentes fueran asociados a la Iglesia: no que puedan ser obispos quienes fueron herejes; sino que constaba que quienes eran recibidos, no eran herejes. Occidente estuvo de acuerdo con esta sentencia: y por tan necesario concilio [o, consejo], el mundo fue arrebatado de las fauces de Satanás. Se llegó al lugar más áspero, en el que contra mi voluntad y propósito, me veo obligado a pensar algo diferente de lo que el mérito de San Lucifer y mi humanidad exigen. Pero ¿qué haré? La verdad abre la boca, y el pecho consciente impulsa a la lengua a hablar. En tal crisis de la Iglesia, en tanta rabia de los lobos, separadas unas pocas ovejas, dejó al resto del rebaño. Buen pastor él mismo, pero dejando mucha presa a las bestias. Paso por alto lo que algunos de los maldicientes defienden como bastante firme; que lo hizo por amor a la gloria, y para transmitir su nombre a la posteridad: y también por la enemistad que había tomado contra Eusebio [es decir, de Vercelli] por la disensión de Antioquía. No creo nada de esto sobre tal hombre: hay una cosa que incluso ahora diré con constancia, que difiere de nosotros en palabras, no en hechos: si es que recibe a quienes han recibido el bautismo de los arrianos.

21. Hilario diácono de la Iglesia Romana. No es Iglesia la que no tiene sacerdote.---L. ¡Cuán lejos de otras cosas, y como ahora entiendo, más avanzando en error que en esperanza, se me traían antes! Pero doy gracias a Cristo Dios, que infundió en mi pecho la luz de la verdad; para que no clamara aún con boca sacrílega, que su virgen es una ramera del diablo. Queda una cosa, que te ruego expliques, qué se debe decir contra Hilario, quien ni siquiera recibe a los bautizados por los arrianos. O. Hilario, cuando se retiró de la Iglesia siendo diácono, y solo como piensa, es multitud del mundo, ni puede confeccionar la eucaristía, no teniendo obispos ni presbíteros: ni puede entregar el bautismo sin la eucaristía. Y como ya el hombre ha muerto, con el hombre pereció también la secta, porque después de él ningún clérigo pudo ordenar el diácono. Pero la Iglesia no es, la que no tiene sacerdotes. Pero dejando de lado a unos pocos hombrecillos, que son laicos y obispos, escucha qué se debe pensar de toda la Iglesia. L. Con tres, como dicen, palabras has disuelto una cuestión tan grande, y ciertamente mientras hablas, me parece que estoy contigo. Pero si callas, no sé qué escrúpulo vuelve a nacer: por qué se reciben los bautizados por los herejes. O. Esto es lo que yo también dije, escucha qué se debe pensar de toda la Iglesia. Pues este escrúpulo, como dices, titila a muchos. Y tal vez seré largo en la explicación: pero vale la pena por la ganancia de la verdad.

22. El Arca de Noé como símbolo de la Iglesia. El número ocho en los Salmos y el Evangelio. Los grados de la Iglesia. Nadie puede juzgar a los hombres antes del día del juicio.---El Arca de Noé fue un símbolo de la Iglesia, como dice el Apóstol Pedro: En el Arca de Noé, pocas personas, es decir, ocho almas, fueron salvadas por el agua, lo cual ahora nos salva a nosotros en forma de bautismo (I Pe. III, 20). Así como en ella había de todas las especies de animales, también en la Iglesia hay personas de todas las naciones y costumbres. Así como allí había leopardos y cabritos, lobos y corderos, aquí también cohabitan justos y pecadores, es decir, vasos de oro y plata junto con los de madera y barro. El arca tenía sus nidos; la Iglesia tiene muchas moradas. Ocho almas humanas fueron salvadas en el Arca de Noé. Y el Eclesiastés nos manda dar partes a siete y a ocho, es decir, creer en ambos

Testamentos. Por eso, algunos salmos están titulados "para el octavo" y en el salmo ciento dieciocho, el justo es instruido en versos de ocho en ocho, sujetos a cada letra. Las bienaventuranzas que el Señor pronunció a sus discípulos en el monte, delineando la Iglesia, son ocho. Ezequiel también asume el número ocho en la edificación del Templo. Encontrarás muchas otras cosas significadas de esta manera en las Escrituras. Se envía un cuervo desde el arca y no regresa, y después una paloma anuncia la paz de la tierra. Así también en el bautismo de la Iglesia, expulsado el ave terrible, es decir, el diablo, la paloma del Espíritu Santo anuncia la paz de nuestra tierra. Comenzando desde treinta codos y disminuyendo gradualmente hasta uno, se construye el arca. De manera similar, la Iglesia, consistiendo en muchos grados, se completa finalmente con diáconos, presbíteros y obispos. El arca estuvo en peligro en el diluvio, la Iglesia está en peligro en el mundo. Noé salió y plantó una viña, y bebiendo de ella, se embriagó: Cristo, nacido en la carne, plantó la Iglesia y sufrió. El hijo mayor se burló del padre desnudo, y el menor lo cubrió, y los judíos se burlaron de Dios crucificado, y los gentiles lo honraron. Me faltaría el día si intentara explicar todos los sacramentos del arca comparándolos con la Iglesia. Quiénes son entre nosotros las águilas, quiénes las palomas, quiénes los leones, quiénes los ciervos, quiénes los gusanos, quiénes las serpientes, lo que concierne al presente asunto, lo explicaré brevemente. No solo habitan ovejas en la Iglesia, ni solo aves puras vuelan; sino que el trigo se siembra en el campo, y entre los cultivos brillantes, las lampreas y los cardos, y las avenas estériles dominan (Ex Virg. I Georg. 151). ¿Qué hará el agricultor? ¿Arrancará la cizaña? Pero toda la cosecha se perdería. Diariamente, la industria rústica ahuyenta a las aves con ruido, las asusta con imágenes: aquí cruje el látigo, allí tiende espantapájaros. Sin embargo, o las veloces cabras montesas, o el lascivo onagro se precipitan: aquí, en los graneros excavados, los ratones llevan el grano, allí, en un ejército ferviente, la hormiga devasta la cosecha. Así es la situación. Nadie posee el campo con seguridad. Mientras el padre de familia duerme, el enemigo siembra cizaña, y cuando los siervos proponen ir a arrancarla, el Señor lo prohíbe, reservándose para sí la distinción entre la paja y el trigo (Mat. XIII). Estos son los vasos de ira y misericordia que el Apóstol predica en la casa de Dios (Rom. IX y II Tim. II). Vendrá, pues, el día cuando, abierto el tesoro de la Iglesia, el Señor sacará los vasos de su ira, y al salir, los santos dirán: Salieron de nosotros; pero no eran de nosotros. Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Jn. II, 19). Nadie puede asumir la palma de Cristo para sí, nadie puede juzgar a los hombres antes del día del juicio. Si ya está purificada la Iglesia, ¿qué reservamos para el Señor? Hay un camino que parece recto a los hombres, pero su fin lleva a las profundidades del infierno (Prov. XIV, 12). EN ESTE ERROR de juicio, ¿qué sentencia puede ser cierta?

23. Tradición Eclesiástica. Herejes de la Iglesia primitiva. Herejes de los judíos. Herejes en el Evangelio.---El bienaventurado Cipriano intentó evitar las cisternas rotas y no beber de agua ajena: y por eso, reprobando el bautismo de los herejes, envió al entonces obispo de la ciudad romana, Esteban, quien fue el vigésimo segundo desde el bienaventurado Pedro, un sínodo africano sobre este asunto, pero su esfuerzo fue en vano. Finalmente, los mismos obispos que habían decidido con él rebautizar a los herejes, volvieron a la antigua costumbre y emitieron un nuevo Decreto. ¿Qué hacemos? Así también nuestros mayores nos transmitieron, y a ellos sus mayores. Pero, ¿por qué hablar de los posteriores? Aún con los Apóstoles en Judea, con la sangre de Cristo reciente, se afirmaba que el cuerpo del Señor era un fantasma; el Apóstol sufría nuevamente por los Gálatas llevados a la observancia de la Ley; intentaba atraer a los Corintios, que no creían en la resurrección de la carne, al camino verdadero con muchos argumentos. Entonces Simón el Mago y su discípulo Menandro se proclamaron poderes de Dios; entonces Basilides comentó sobre el Dios supremo Abraxas, con trescientos sesenta y cinco ediciones; entonces Nicolás, uno de los siete diáconos, haciendo bodas día y noche,

soñó con coitos obscenos y vergonzosos incluso de oír. No menciono a los herejes del judaísmo, que antes de la venida de Cristo, diseminaron la ley dada: que Dosíteo, príncipe de los samaritanos, repudió a los Profetas; que los saduceos, nacidos de esa raíz, también negaron la resurrección de la carne; que los fariseos, divididos de los judíos por ciertas observancias superfluas, también tomaron su nombre de la disensión; que los herodianos aceptaron al rey Herodes como Cristo. Llego a esos herejes que destrozaron los Evangelios. Saturnino, y los ofitas, y los cainitas, y los setitas, y Carpócrates, y Cerinto, y su sucesor Ebion, y otras plagas, muchos de los cuales surgieron mientras aún vivía el apóstol Juan, y sin embargo no leemos que ninguno de ellos fuera rebautizado.

24. A los herejes se les debe conceder penitencia sin bautismo.---Ahora bien, ya que hemos mencionado a tal hombre, también aprobemos de su Apocalipsis que a los herejes se les debe conceder penitencia sin bautismo. Al ángel de Éfeso se le imputa haber abandonado la caridad. En el ángel de la Iglesia de Pérgamo, se reprende el consumo de cosas sacrificadas a los ídolos y la doctrina de los nicolaítas. Asimismo, en el ángel de Tiatira, se increpa a la profetisa Jezabel, las comidas de ídolos y las fornicaciones. Y sin embargo, el Señor exhorta a todos estos a la penitencia, bajo la amenaza de un castigo futuro si no se convierten. No les obligaría a arrepentirse si no fuera a conceder el perdón a los penitentes. ¿Acaso dijo que se rebautizaran los que fueron bautizados en la fe de los nicolaítas? ¿O que se les impusieran las manos a los que creyeron en ese tiempo entre los de Pérgamo, que mantenían la disciplina de Balaam? Más bien, dice: Arrepiéntete; de lo contrario, vendré pronto a ti y pelearé contra ti con la espada de mi boca (Apoc. II, 2).

25. Carta de San Cipriano a Esteban. Carta del mismo a Jubaiano.---Pero si aquellos que fueron instruidos por Hilario, y comenzaron a ser ovejas sin pastor, quisieran presentar de las Escrituras lo que el bienaventurado Cipriano dejó en sus cartas sobre el rebautismo de los herejes, sepan que él no emitió estas cosas con anatema contra aquellos que no quisieron seguirlo. De hecho, permaneció en comunión con aquellos que se oponían a su sentencia: pero más bien exhortó debido a Novato y otras muchas herejías que entonces surgían, para que nadie fuera recibido por él sin la condenación de su error. Finalmente, su discurso que tuvo sobre este asunto con el pontífice romano Esteban, lo completó con este final: «Estas cosas las hemos expuesto a tu conciencia, hermano muy querido, y por el honor común y el amor sincero, creyendo que también te agradarán por la verdad de tu religión y fe, que son igualmente religiosas y verdaderas. Sin embargo, sabemos que algunos no quieren abandonar lo que una vez han bebido, ni cambiar fácilmente su propósito; pero, manteniendo el vínculo de paz y concordia entre los colegas, retienen algunas cosas propias que una vez adoptaron. En esto no forzamos a nadie, ni imponemos una ley, para que tenga libre albedrío en la administración de la Iglesia: cada uno será responsable ante el Señor de su acción.» También escribiendo a Jubaiano sobre el rebautismo de los herejes, al final del librito dijo: «Estas cosas te hemos escrito brevemente según nuestra mediocridad, hermano muy querido, sin prescribir ni prejuzgar a nadie, para que cada obispo haga lo que considere, teniendo libre potestad de su albedrío. Nosotros, en cuanto a nosotros respecta, no contendemos con nuestros colegas y coobispos por los herejes, con quienes mantenemos la divina concordia y la paz del Señor, especialmente cuando el Apóstol dice: Si alguno piensa ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios. Pacientemente y con suavidad mantenemos la caridad del alma, el honor del colegio, el vínculo de la fe, la concordia del sacerdocio.»

26. Contra Hilario E. R. Diácono.---Hay además otra cosa que presentaremos, contra la cual Hilario, el Deucalión del mundo, no se atrevería ni a murmurar. Si los herejes no tienen bautismo, y por eso deben ser rebautizados por la Iglesia, porque no estaban en la Iglesia,

entonces Hilario tampoco es cristiano. Pues fue bautizado en esa Iglesia que siempre recibió el bautismo de los herejes. Antes de que se celebrara el sínodo de Ariminum, antes de que Lucifer fuera exiliado, Hilario, diácono de la Iglesia Romana, recibía a los que venían de los herejes en el bautismo que habían recibido antes. A menos que tal vez solo los arrianos sean herejes, y solo de ellos no se pueda recibir el bautismo, pero de los demás sí. Eras diácono, oh Hilario, y recibías a los bautizados por los maniqueos. Eras diácono, y aprobabas el bautismo de Ebion. De repente, después de que surgió Arrio, comenzaste a disgustarte por completo. Te separas con tus siervos y abres un nuevo baño. Si algún ángel o apóstol te rebautizó, no infrinjo lo que sigues. Pero si naciste en mi seno, si fuiste nutrido con la leche de mis pechos, levantas la espada contra mí, devuelve lo que te di, y sé, si puedes, cristiano de otra manera. Soy una meretriz, pero aún así soy tu madre. No guardo la castidad de un solo lecho, así era cuando fuiste concebido: cometo adulterios con Arrio, y antes los cometí con Praxeas, con Ebion, con Cerinto, Novato: a estos abrazas, a estos ya adúlteros recibes en la casa de tu madre. No sé por qué te ofende un solo adúltero.

27. Herejes siempre recibidos.---Si alguien pensara que debe negarse que los herejes siempre fueron recibidos por nuestros mayores, que lea las cartas del bienaventurado Cipriano, en las cuales critica al obispo Esteban de la ciudad romana y el error de la costumbre inveterada. Que lea también los libritos de Hilario, que publicó contra nosotros sobre el rebautismo de los herejes, y allí encontrará que el mismo Hilario confiesa que Julio, Marco, Silvestre y otros antiguos obispos recibieron de manera similar a todos los herejes en penitencia: sin embargo, no deben prejuzgar la verdad de la costumbre. También el sínodo de Nicea, del cual hicimos mención poco antes, recibió a todos los herejes, excepto a los discípulos de Pablo de Samosata. Y lo que es más importante, al obispo de los novacianos, si se convierte, se le conserva el grado de presbítero. Esta sentencia también impugna a Lucifer y a Hilario: mientras que el mismo es clérigo y bautizado.

28. En qué Iglesia permanecer. Conclusión de la disputa y fruto.---Podría pasar el día con este tipo de discurso, y secar todos los riachuelos de las proposiciones con un solo sol de la Iglesia. Pero como ya hemos hablado mucho, y la extensión de la disputa ha cansado el interés de los oyentes, te expondré brevemente y de manera clara mi opinión: se debe permanecer en aquella Iglesia que fue fundada por los Apóstoles y que perdura hasta el día de hoy. Dondequiera que oigas que aquellos que se dicen de Cristo no son llamados por el Señor Jesucristo, sino por cualquier otro: como los marcionitas, valentinianos, montanistas o campitas: sabe que no es la Iglesia de Cristo, sino la sinagoga del Anticristo. Pues por el mismo hecho de que fueron instituidos después, se indican a sí mismos como aquellos que el Apóstol predijo que vendrían. Y no se engañen a sí mismos, si parecen afirmar lo que dicen a partir de los capítulos de las Escrituras, ya que incluso el diablo habló algunas cosas de las Escrituras, y las Escrituras no consisten en leer, sino en entender. De lo contrario, si seguimos la letra, también podríamos componer una nueva doctrina para nosotros: para afirmar que no deben ser recibidos en la Iglesia aquellos que estén calzados y tengan dos túnicas. L. No solo pienses que has vencido, ambos hemos vencido, cada uno de nosotros lleva la palma: tú de mí, y yo del error. Ojalá siempre me tocara disputar así, para que, progresando hacia lo mejor, abandone lo que sostenía mal. Sin embargo, te confieso una cosa, porque conozco bien las costumbres de los míos, es más fácil vencerlos que persuadirlos.